

GLORIOSA VIDA Y DESDICHADA MUERTE DE

# R I E G O

(UN CRIMEN DE LOS BORBONES)

POR

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)



Carmen de Burgos «Colombine», es la autora de esta biografía de Rafael del Riego escrita tras la proclamación de la Segunda República en 1931.

«¡Trágala, trágala, trágala, trágala, trágala, perro!», rezaba el estribillo de la canción con que los liberales españoles humillaban a los absolutistas, satirizando la jura de la Constitución de Cádiz, en 1820, por parte de Fernando VII. Con su pronunciamiento militar en Cabezas de San Juan, Rafael del Riego había dado inicio a un nuevo periodo de esperanza, conocido como Trienio Liberal, y se había convertido en el héroe del pueblo. A su heroica ejecutoria como luchador por la independencia frente al invasor francés, el joven militar sumaba ahora su credencial como primera espada frente al absolutismo monárquico. Su nombre es inseparable de la idea de libertad. Tras la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis pasó a ser un símbolo de la resistencia contra la represión contrarrevolucionaria, y tras su ejecución, se convirtió en un triple símbolo: izquierdista contra la derecha, anticlerical contra la iglesia y republicano contra la monarquía, cristalizado en el famoso Himno de Riego.

I

DAGUERROTIPO

Escribir una biografía es como pintar un cuadro. No está aún pintado el cuadro de Rafael del Riego. Necesita sobriedad de colores, ceniza y oro, colores de nubes a la puesta del sol.

Los historiadores no se han tomado el trabajo de colocar los matices bien escogidos en la paleta, para huir de la rutina y de la vulgaridad. Han hecho reproducciones fotográficas de un cromo mal pintado: Defecto de que adolece toda la Historia de España.

La Revolución francesa había hecho correr por la médula del mundo un rehílo de espanto. La palabra *República* asustaba a los españoles de tal modo que las mujeres se santiguaban como si evocasen *al Malo*. República era como una ola roja, una invasión semejante a la que concibe la mente de los niños cuando estudian que llegaron los bárbaros del Norte. Esa imagen que ha herido tantos cerebros; tropel de hombres, luengas barbas, cabelleras hirsutas, adargas punzantes, arrasando a su paso vírgenes, ancianos, niños y juventud.

«Todo menos parecerle a los franceses», exclamaban los españoles. Sus anhelos de libertad no iban más allá de la Constitución del año 12, evangelio cívico, opuesto al absolutismo, que garantizaba los derechos del hombre.

La voz de Rafael del Riego se alzó viril y clara cuando apenas se atrevían a un medroso sisiseo los descontentos, para defender esos derechos. Con él resonaron en la calle los anhelos de las Logias masónicas y de los hombres que deseaban el triunfo de la Justicia.

Los trazos de la figura de Riego se desdibujaron con la aureola del triunfo primero y con las sombras del vencimiento después.

Es fenómeno digno de estudio esos fáciles entusiasmos que ha sufrido el pueblo español<sup>[1]</sup>. Hubo en la voz de Riego acento de esas canciones olvidadas, que despiertan recuerdos dormidos. La consciencia de un pueblo libre experimentó su influencia; pero la condición de los siervos, acostumbrados a sentir el placer sádico del látigo, que reduce a la obediencia, se impuso y el alarido de la rutina favoreció al absolutismo.

Es evidente que al triunfar la reacción con los Borbones, se había de calumniar a Riego. Se advierte esto cuando se leen las distintas versiones de los historiadores del siglo XIX. Hay que analizarlas detenidamente y cotejarlas con los escasos datos que se pueden hallar.

No sería difícil en otro país encontrar la documentación necesaria de una época tan próxima, pero en España se hace casi imposible. No sólo hemos sido siempre descuidados para conservar el legado espiritual de nuestra Historia, sino que hemos tenido a gala y empeño la destrucción de los libros y documentos más notables.

Los que tienen que bucear en los Archivos y Bibliotecas, mal ordenados y muchos sin catalogar aún, encuentran dificultades insuperables para los trabajos de investigación.

Se ha procurado que no haya ventanales por donde penetre la luz; que no se ilumine lo que ha sucedido entre tinieblas. Se puede comprobar que en la Real Academia de la Historia existe una antigua Real orden del tiempo de Felipe II, descubierta por don Salustiano Olózaga<sup>[2]</sup> cuando investigaba en el proceso de Antonio Pérez, en la que se mandaba al Consejo de Aragón que hiciese desaparecer cuantos documentos puedan dar luz a la Historia y manda: «que no se imprima nada que toque a la Historia, ni a sucesos dignos de figurar en ella y que se recojan to-

dos los papeles que se tenga noticia de que toquen a esto».

Del mismo modo, a principio del reinado de Isabel II, se mandaron recoger las causas seguidas en el de Fernando VII, que superaban en monstruosidad e injusticia a todas las que se conocen. Se tomó por pretexto el borrar rencillas y rencores y se quemaron públicamente. Los milicianos nacionales, engañados, ayudaron a prestar ese servicio.

Quedaron, a pesar de eso, bastantes pruebas para formar el proceso de Fernando; pero puede juzgarse qué proporciones toma su figura al considerar que sólo una mínima parte de sus maldades ha llegado hasta nosotros<sup>[3]</sup>.

Las persecuciones religiosas y políticas han hecho frecuentes las quemas de papeles y libros en España. Esa hoguera que hace el cura, con los libros de *Don Quijote*, es reflejo fiel de la costumbre. Pero Cervantes hace un espulgo, que no habían imitado inquisidores y gobernantes.

La hoguera destruyó en España las famosas Bibliotecas árabes de Córdoba y de Almería, con sus miles de volúmenes; y lo mismo acabaron los tesoros de la literatura hebrea.

Aterra el relato de los preciosos libros con manecillas de oro y perlas, admirablemente encuadernados, con curiosas pinturas y letras encarnadas y azules, que morían lamidos por las llamas de las fogaradas del Santo Oficio.

Y así desaparecieron los manuscritos de Villena, de Lulio y de tantos sabios; así se acabaron los libros de Caballerías; así se arruinó el tesoro del saber acumulado para la posteridad: Libros de poesía, cuentos, anécdotas, historia, medicina, filosofía, astronomía... Parece que se oyen gemir al evocarlos. Es peor quemar esos libros que matar hombres. Esos libros representaban el alma humana en su conquista de la sabiduría al través de los siglos. Se ha que-

mado el alma de la humanidad. El sistema se sigue empleando.

El mismo Olózaga, que había logrado reunir documentos interesantes del tiempo de Fernando VII, los vio destruidos en un incendio *misterioso* de su habitación, el año 1844, del que no se salvó ni un solo papel.

Se puede asegurar que las llamas de las hogueras españolas han significado un atraso para la civilización del mundo. Es difícil, en estas condiciones, tener una Historia imparcial y verídica. La labor de los biógrafos se dificulta extraordinariamente, condenados a caminar a ciegas, de deducción en deducción, con la esperanza de que el acaso les proporcione algo en que fundamentar sus teorías; fijar la figura del biografiado y deshacer errores y falsedades.

A falta de datos la fantasía crea una figura, de acuerdo con su deseo, o se contenta con aceptar las versiones ya cristalizadas, sin buscar nuevas facetas.

En la biografía de Riego tengo que luchar con las ideas que yo misma había preconcebido, para buscar la verdad entre los papeles y datos nuevos que he logrado encontrar<sup>[4]</sup>.

Para mi fantasía el general Riego no es un militar. Es un caballero andante que tomó a su cargo más altas empresas que la de hacer confesar que su dama era la más bella mujer del mundo o la de defender un «Paso de Armas».

La figura de Riego, montado en su caballo blanco, seguido de su leal perro de aguas, blanco también, deja en el alma una sensación de blancura, pese a la rojez de la sangre derramada, sobre el fondo negro y tétrico de la España de Fernando de Borbón.

En su vida íntima, Riego era afortunado y nada hubiera faltado a su felicidad de no poseer una consciencia exacta de sus deberes de patriota, una idea justa de la Libertad, a la que amaba con esa pasión lógica de los que llegan a conocer *el Bien* y ya no pueden obrar contra él. Su alma

sentía el dolor de los oprimidos, de los vejados, de los tristes, de los miserables; no podía resignarse a llevar armas para emplearlas en el servicio de la tiranía.

Observando la vida de Riego se ve que procede siempre del modo más justo y generoso, casi sin proponérselo, por imperativos de su temperamento noble.

Es demasiado breve la vida pública de Riego; sólo abarca tres años. Sorprende que quepa en ellos tanta intensidad, para quedar grabados de un modo decisivo en los derroteros de nuestra evolución. Asusta pensar que un hombre elevado por el fervor popular a la mayor idolatría, pudiera caer, tan de repente, y trocarse en objeto de odio; sin que exista una sola causa que lo justifique; sin una acción oscura, sin un acto desleal, sin traicionar jamás sus ideales.

Cuando se contempla la caída de un héroe, por grande que sea, después de haber cometido una equivocación o de vacilar en sus convicciones, hay cierta conformidad con su destino, que no puede tenerse ante el martirio de este hombre de alma ingenua y fiel.

Todo fue breve en su vida: su matrimonio, su elevación y su vencimiento y, sin embargo, está iluminada por una luz tan intensa que imita el paso fugaz del aerolito, dejando en donde cae su piedra indestructible.

Lo más lamentable es la vesania de algunos historiadores de su tiempo, de los que creyó sus amigos, tornadizos por la envidia o el interés.

Dice Alcalá Galiano al hablar de la revolución contra el absolutismo: «Entre los comprometidos estaba el primer comandante de Asturias don Rafael del Riego, hasta entonces personaje de escasa nota, que en su mocedad sólo se había dado a conocer por su *valor y fidelidad*, en seguir, después de la derrota de Espinosa, al general Acebedo, a quien todos habían abandonado».

Y después de parecerle poco al historiador que un joven militar se distinga en su profesión sólo por el valor y la

fidelidad, añade:

«Tenía Riego alguna instrucción aunque corta y superficial; no muy agudo ingenio, ni sano discurso; condición arrebatada; valor impetuoso, aunque escasa fortaleza, y sed de gloria que, consumiéndole, buscaba satisfacerse ya en hechos de noble arrojo o de generoso desprendimiento, ya en puerilidades de una vanidad indecible».

El examen sereno y documentado de la vida de Riego, se encargará de desmentir estas opiniones erróneas de Alcalá Galiano, cuyo mismo testimonio veremos en contraposición con ellas; pero es lastimoso cómo han extraviado a los historiadores que, con poco deseo de investigación, lo han seguido demasiado ligeramente sin ver la inexactitud y la enemistad manifiestas.

Según el anterior retrato, Riego aparece como un soldado de fortuna, un *militarote* de los que se llamaban entonces de *cuchara*, cuando era todo lo contrario. Don Francisco Pi Margall nos da datos sobre esto.

«Riego –dice– nació de familia noble, su padre era administrador de Correos de Oviedo y en su Universidad cursó don Rafael algunos años, hasta acabar su carrera literaria».

«En la desgraciada derrota de Espinosa –añade– fue herido el general Acebedo<sup>[5]</sup> y durante la dispersión abandonado por los suyos. No queriendo don Rafael seguir tan ruin ejemplo, cayó en manos de los enemigos y fue conducido prisionero a Francia. Allí permaneció hasta la paz, habiendo aprovechado lo mejor posible aquellos años de desgracia. Sumamente aplicado y estudioso, aprendió el francés, el italiano y el inglés y se dedicó a varios ramos de instrucción, incluso el arte de la guerra».

Yo puedo añadir a estos datos el que la familia de Riego se distinguía por su cultura; su padre era poeta y sus tíos y sus hermanos escritores.

Durante su permanencia en el extranjero, no sólo estudió y aprendió idiomas, sino que viajó por los países más



adelantados, como Alemania e Inglaterra. Su correspondencia íntima con su mujer está escrita en inglés, idioma que ella poseía a la perfección. Se puede asegurar rotundamente que la cultura de Riego era muy superior a la que alcanzaban la mayoría de los más ilustrados de su época.

Tal vez no daba toda la sensación de ella por su carácter impetuoso y sencillo. «Su palabra era fácil —dice Olózaga—, más acaso de lo que necesitaban su inteligencia y su instrucción para no incurrir en frecuentes repeticiones. Pero éste es el defecto que más fácilmente perdona la muchedumbre, hasta que descubre por los hechos si es pobreza de espíritu la que lo origina».

Tachar de vanidoso a Rafael del Riego, es injusto. En Riego no hubo ambición de ninguna clase; su vida estuvo toda llena de generosidad y desinterés. No fue un mero oficial o un general sin gloria; ocupó los más altos cargos de la Nación: Mariscal de Campo, Capitán General de Aragón y Presidente de las Cortes, pero lo sacrificó todo a sus ideas.

No hay en su actuación sombra de vanidad ni deseo de medro. En toda su vida Riego se condujo como poeta. Él escribió estrofas con la espada y realizó con sus hechos la última epopeya de los tiempos románticos.

Pero hasta su tipo físico llegó falseado a la posteridad. Ese hombre ternejal y jacarandoso, con algo de «Niño de Écija», que aparece en la mayoría de los grabados, no es la verdadera imagen de Riego; tal como la vemos en ese auténtico retrato al óleo, que conserva la familia y en el que se admiran, sobre sus facciones nobles y reposadas, el reflejo de un valor sereno y firme, de una profunda convicción y de un espíritu dulcemente equilibrado.

Don Salustiano Olózaga nos ha dejado una descripción que coincide maravillosamente con este retrato:

«Contribuían a ganarle las voluntades del pueblo —escribe<sup>[6]</sup>— su figura, que era agradable; su mirada, que era simpática y tan expresiva, que parecía descubrir más de lo

que acaso había en el fondo de su alma; su porte, que era sencillo; su trato, comunicativo y franco, y sobre todo *su abnegación y su modestia*, que tan bien sientan a un general, que había llegado a la más alta posición política y militar, cuando apenas contaba treinta y seis años de edad».

Abordo el escribir esta biografía con el deseo de que se conozca bien a Riego. Hay algo que nos manda y nos obliga a los escritores a decir la verdad de lo que creemos y pensamos, cuando la casualidad pone a nuestro alcance piezas de convicción para intentar la vindicación justa.

Es algo que impulsa, que posee el pensamiento y mueve la mano, como si el espíritu no se resignase a las imputaciones que no dejan ver su luminosidad. En estos casos el escritor no es más que el mandatario del muerto que se le revela y que lo guía en su búsqueda<sup>[7]</sup>.

Es como un imperativo que incita a continuar su obra, a que el pueblo lo conozca bien para que germinen en él su alto ejemplo, de nunca desmentida dignidad, y su gran virtud cívica y privada.

Hay que estar atentos a las lecciones que nos da la Historia y ver cómo se repiten los mismos hechos<sup>[8]</sup>, de igual manera que germinan las malas hierbas en el campo mejor abonado si no se destruye la simiente. Es necesario arrancar de raíz los lirios rojos trasplantados de Francia.

## II

### LA TURQUESA

Hay que buscar en el espíritu que analizamos las influencias de otras almas. La labor de los biógrafos modernos ha de tomar como base el estudio de los antepasados: «Restos numerosos de almas diversas<sup>[1]</sup> de sexos distintos forman el mosaico de nuestra alma. La de la madre y la del padre con soberanía inmediata y enérgica. La de los ascendentes remotos, con huella más leve, pero a veces cargada de dinamismo latente, que explota y hace revivir en nosotros virtudes y defectos ancestrales».

No se puede prescindir de considerar los gérmenes hereditarios que influyen en el temperamento del biografiado. Son ellos los que nos explican cosas que nos parecían incomprensibles. Un genio o un héroe suele no ser más que el producto formado por la Naturaleza, al acumular las cualidades que permanecieron aisladas y embrionarias durante muchas generaciones. Cuando hay datos de familia la mitad de la tarea está hecha<sup>[2]</sup>.

En el estudio de los antecesores de Rafael del Riego se observa la tendencia conservadora de una familia distinguida, celosa de su conducta y de su fama y bastante llena de preocupaciones y de intransigencia.

Desde luego se nota una gran exaltación del sentimiento religioso en los muchos miembros de ella, que abrazaron el sacerdocio o ingresaron en los conventos. El bisabuelo paterno del caudillo fue don Alfonso del Riego, que ostentó el alto cargo de Gobernador del principado de Asturias, y el bisabuelo materno, don Manuel Flórez, fue colegial de Santa Cruz de Valladolid.

El abuelo paterno, don Nicolás del Riego, perteneció al insigne colegio de Salamanca, y su esposa doña Micaela Flórez tuvo un hermano canónigo en la catedral de Oviedo.

En cuanto a los abuelos maternos, fueron don Tomás Flórez de Sierra, caballero muy bien conceptuado y esposo de doña Isabel López de Valdés, cuyos dos sobrinos, don Pedro y don Manuel, hijos de su hermano don José, tenían la Orden de Carlos III el primero y la de Santiago el segundo.

Todo esto consta en uno de esos antiguos documentos<sup>[3]</sup> llamados *Limpieza de sangre*, que eran necesarios para ingresar en los Guardias de Corps y en altos cargos religiosos.

Constaba en estas limpiezas de sangre que: «el interesado, así como sus Padres y Abuelos, y demás ascendientes por una y otra Línea, fueron castellanos viejos, limpios, y de limpia sangre, sin mancha, ni raza de Moros, Judíos, Herejes, Reconciliados, Confesos, ni Penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición, ni de otro Tribunal, ni que hayan sido tocados, ni comprendidos, en nota alguna de Infamia, y si han sido siempre tenidos, habidos, y reputados, por tales Cristianos viejos, y de limpia sangre».

Casi todos los ascendientes de Riego eran asturianos; sólo don Eugenio del Riego Núñez, padre de Rafael del Riego, nació en Canarias; pero su madre, doña Teresa Flórez Valdés, era de Tuña<sup>[4]</sup>.

Don Eugenio era poeta, de no escaso valor, como lo prueba un libro de versos suyo, editado en Londres por su hijo don Miguel, que fue también canónigo, y constituyó el amparo de toda la familia, cuando con la desdicha del general Riego tuvieron que huir de España y refugiarse en Inglaterra. Allí se convirtió el buen canónigo en editor, para sostenerlos a todos, que le llamaban «el Tío Librero». La correspondencia con altos personajes, franceses, ingleses

e italianos que se conserva del canónigo, constituye una prueba de su gran inteligencia e importancia social.

Don Eugenio tenía también un hermano canónigo y una hermana monja.

Merecía don Eugenio del Riego Núñez más atención como poeta de la que se le ha concedido. Apenas sabe nadie que Riego es hijo de un poeta.

He leído con interés las páginas de su obra; versos de factura clásica, bien hechos, no faltos de inspiración, aunque limitara ésta la tendencia didáctica de su tiempo.

Muchas de esas poesías iban dedicadas a su hijo, al que llama en ellas *Rafael Amigo*, comprendiendo cómo acerca más el espíritu el lazo de la amistad que el de la sangre. Quería, en ellas, darle consejos y prevenirlo contra la hipocresía, la falsedad, el egoísmo y la intriga, que abren a los menos aptos las puertas del triunfo.

El espíritu de don Eugenio se transparenta como poco a propósito para mostrar males que lo debían afligir, dada su sencillez. Hay en toda su obra esa aspiración al ideal, que heredó su hijo; y un aroma de dulzura, de vida de familia, de goces hogareños y puros.

Algunas de sus composiciones están traducidas al inglés por su hijo don Miguel<sup>[5]</sup>. Existe en ellas una vena satírica, la cual me hace pensar que muchas de sus poesías son retratos de altos personajes caricaturizados por su pluma. Y van estas caricaturas siempre dedicadas a su hijo Rafael, y ponen de relieve injusticias, que debían hacer latir de protesta el corazón del joven y contribuir a formar su carácter justiciero y tierno a un tiempo.

De la madre de Riego, se sabe poco. Doña Teresa Flórez Valdés pasa envuelta en ese silencio que rodea a la mujer feliz en el fondo de su hogar.

A poco de su matrimonio dejó don Eugenio la encantadora Isla africana, aureolada de sol y nieve, para establecerse en Asturias, donde, en el pintoresco pueblecito de

Santa María de Tuña, nació Rafael del Riego el 3 de abril de 1784. Según consta en su partida de bautismo<sup>[6]</sup>:

«En la iglesia parroquial de Santa María del Pedroso de Tuna, en 9 de abril de 1784, se bautizó con toda solemnidad un niño, al que se le puso por nombre Rafael José María Manuel Antonio Riego y Flórez. Es hijo legítimo de don Eugenio del Riego y Núñez y doña Teresa Flórez Valdés. Abuelos paternos: don Nicolás del Riego Núñez y doña Micaela Flórez Valdés, naturales y vecinos de Tuña, y maternos don Tomás Flórez y doña Isabel López Valdés, también de dicho Tuña. Fueron sus padrinos don Manuel García Miranda y doña Leonor del Riego y Núñez, vecinos de Tuña».

Resalta también, en este examen de la familia de Riego, los frecuentes enlaces entre parientes muy próximos. Esto hace pensar en cómo debían unirse entre sí y cerrar el círculo de su trato a las personas extrañas. En muchas generaciones se repiten y se barajan siempre los mismos apellidos, cosa que culmina en la que fue esposa del Caudillo, doña Teresa del Riego del Riego de Riego.

Tal vez pudiera también deducirse de aquí algo de ese carácter inflexible de Riego, para marchar siempre en línea recta, con esa exaltación producida por los gérmenes morbosos que legan las uniones consanguíneas.

Aún se conserva en Tuña la casa en que nació Riego<sup>[7]</sup>. Es una vieja casona de esas con grandes escudos de piedra sobre el enorme portón. Casas de vieja raigambre patricia, que se hallan en los más apartados pueblos de nuestras provincias del Norte. Algunas veces sorprende ver una portada gótica sobre la que campean escudos y blasones nobiliarios, dando paso a un estable o a una taberna. Parece que la población primera la formaba la aristocracia y de ella salió todo este pueblo hidalgo y orgulloso tan difícil de vencer como fácil de engañar.

No había sido Rafael del Riego el primogénito de su casa.

Antes que él habían nacido dos hermanos: Josefa y Joaquín, y después nacieron José, Miguel, Francisco de Sales, Gabriela y María del Carmen.

Es curioso el origen de que Rafael y sus hermanos llevaran estos nombres. Su padre era conservador en sus devociones. No amaba tanto a los santos modernos como a los antiguos, entre los que prefería a San Joaquín y a San José. Sólo bautizó con nombre de santo posterior a la venida de Jesucristo –y por lo tanto necesitado de canonización, en vez de ser santo por *derecho propio*–, a su último hijo llamándole Francisco de Sales, para complacer a su hermana la monja, a la cual amaba tiernamente.

La infancia de Rafael del Riego transcurrió feliz en la apacible Asturias. Era la suya una de esas familias patriarcales, unidas por vínculos de cariño y respeto. Las mujeres madrugueras y previsoras, cuidaban de la dirección del hogar. El padre, administrador de Correos, en Oviedo, iba por la mañana, después del temprano almuerzo a su oficina, envuelto en la gran pañosa, pero teniendo que saludar a todos los transeúntes llevando mano al sombrero, o descubriéndose, con gesto de mosquetero al pasar al lado de las señoras conocidas o ante la puerta del templo.

En las horas de oficina, junto al gran brasero, bien pasado, solía encontrar tiempo para escribir sus versos.

Se comía temprano, cuando volvía de dar su paseo con el Alcalde, algún canónigo y algún otro de sus íntimos. En la mesa limpia aparecía el suculento caldo de lacón y el regalo de embutidos, empanadillas y dulces, que se complacían en hacer las mujeres.

Como personas de calidad, la familia del Riego, tenía su tertulia. Los hombres, después de comentar las noticias de la *Gaceta* y el estado de las futuras cosechas, jugaban una mano al *mediator* o a la *malilla*, mientras las mujeres, entretenidas en alguna labor de croché o un bordado en cañamazo, hablaban de sus vestidos y del precio de los